

El catolicismo de Lezama Lima

Fidel Sendagorta

LA VISITA DEL PAPA A CUBA HA DADO OCA-
sión para examinar desde múltiples ángulos la situación de la Iglesia cubana y para descubrir aspectos desconocidos de la fe religiosa en la Isla. Curiosamente, se ha pasado por alto una de las cuestiones más sugestivas de la cultura cubana de este siglo como es el catolicismo de José Lezama Lima y de la mayoría de los poetas del grupo «Orígenes»: Ángel Gaztelu, Eliseo Diego, Cintio Vitier y Fina García Marruz. «Catolicismo inesperado –ha escrito Vitier– en un país sin tradición de poesía católica, alterador a su vez de todo catolicismo tradicional, abierto a la voluptuosidad americana».

Pero lo inesperado de este catolicismo va más allá de la falta de precedentes literarios y se inscribe en una perspectiva histórica determinada. La Iglesia en Cuba había estado estrechamente asociada a la colonia y en las guerras de independencia se había identificado generalmente con la metrópoli. El propio José Martí era masón y había sido excomulgado, por más que mucha de su doctrina estuviera impregnada de valores cristianos. De ahí que, cuando la joven República empiece a dar sus primeros pasos, no podrá decirse que la Iglesia estuviera en el centro de la tarea de construcción nacional; ni en el plano político ni tampoco en el cultural. Pero es entonces cuando surge la sorpresa. Lo católico, que parecía condenado a la periferia de la cultura cubana, pasa a situarse en su núcleo gracias precisamente a

Lezama y a su grupo. Y ello porque Orígenes significa mucho más que una brillante generación de creadores cubanos de este siglo: es un ambicioso movimiento fundador, el primero –explica Jorge Luis Arcos– «que dotó a la poesía cubana de un carácter cosmovisivo, que profundizó en el conocimiento de la realidad desde un irreductible conocimiento poético y desde él, fijó en imágenes perdurables, universales, nuestra sustancia, nuestro ser insulares».

La primera en vislumbrar el alcance y la hondura de este proyecto fue María Zambrano en su ensayo *La Cuba secreta*, en el que también desvelaba su esencial afinidad con los valores estéticos de este movimiento. José Lezama y María Zambrano comparten un mismo fervor por San Juan de la Cruz en el que la escritora malagueña aprecia su «maravillosa unidad de poesía, pensamiento y religión». En esta identidad entre poesía y religión y en la fascinación por la obra de San Juan de la Cruz encontramos dos de las claves para entender el catolicismo de los poetas origenistas. Así, cuando el padre Gaztelu y Lezama fundan en los años 40 una revista que sería directa antecesora de *Orígenes*, la llamarán *Nadie parecía*, con título que procedía de la *Noche oscura*. Su subtítulo de «Cuaderno de lo Bello con Dios», habla por sí solo y constituye toda una declaración de intenciones poéticas.

Esta inspiración de San Juan de la Cruz da lugar a una visión luminosa de la religión

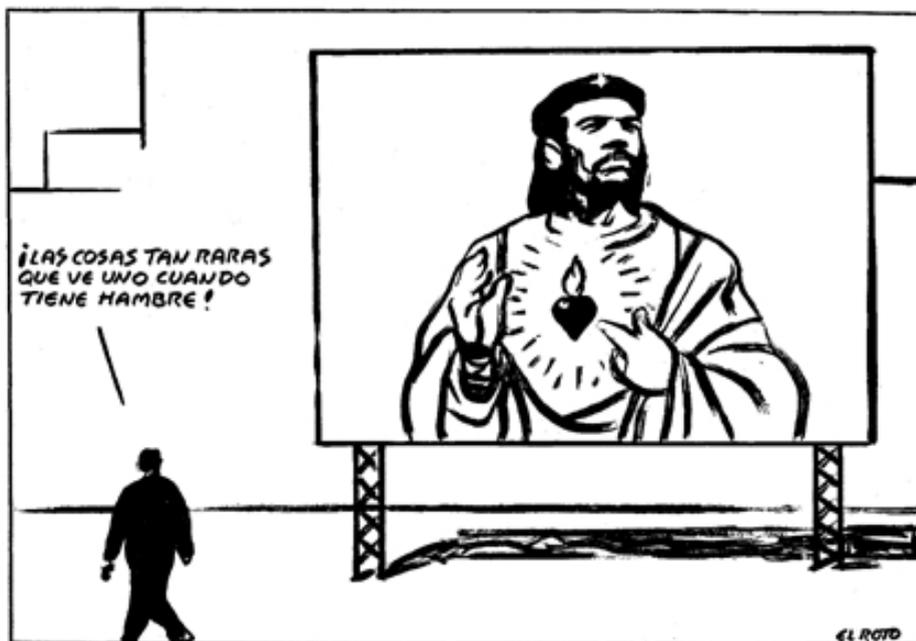


© Peridís



(Publicado en *El País*, Madrid, 23 de enero de 1998)

EL ROTO



(Publicado en *El País*, Madrid, 21 de enero de 1998)

EL ROTO



(Publicado en *El País*, Madrid, 23 de enero de 1998)

que comparten estos poetas, como si la «tranquila posesión de la dicha» de los místicos se hubiera encontrado naturalmente con la alegría vital y con la sensualidad que solemos identificar con el carácter cubano. Pero la luz no se alcanza sin pasar antes por una noche oscura y en ese descenso a los infiernos previo a la resurrección reconocemos el componente órfico del catolicismo lezamiano.

Otro aspecto fundamental del pensamiento origenista se refiere al papel de la tradición.

El proyecto de Lezama se resume en la fundación de un imaginario insular y para ello se propone la creación, donde no la hubiere, de una tradición propia. Pero en su búsqueda de una expresión americana no hay esas limitaciones previas que suelen lastrear el discurso reduccionista sobre la identidad. En donde otros ponen mezquindad y visión estrecha, Lezama apuesta por una generosa incorporación de lo español, de lo europeo, de lo africano, de lo católico, en definitiva, como vínculo entre lo nacional y lo universal. De él podemos decir lo mismo que dijo Gastón Baquero de T. S. Eliot: «Él cree, para lo literario, en la continuidad de las generaciones, y su adhesión a los maestros es sincera; en lo histórico cree también fervorosamente en la continuidad de la cultura, en la supervivencia, por agregación y por con-

servación de lo valioso, de cuanto ha significado creación, raíz, nexo entre el hombre y la divinidad». Tanto Lezama como Eliot son dos personajes inclasificables y paradójicos de la cultura contemporánea y en el cubano se da la misma circunstancia irónica que señala el marqués de Tamarón a propósito del autor de *The Waste Land*: que siendo esencialmente antimoderno se ha convertido en un mito de la literatura moderna.

Los avatares de la Revolución cubana afectaron decisivamente al destino personal de cada uno de los poetas origenistas. Algunos, como el propio Lezama, murieron en La Habana en una suerte de exilio interior. Otros eligieron el camino del destierro como Gastón Baquero y más tarde el padre Gaztelu. Cintio Vitier y Fina García Marruz, por el contrario, han querido hacer compatible su fe en la Revolución con su fe cristiana. Por encima de estas vicisitudes, lo que me importa destacar ahora es el magnetismo que el grupo Orígenes ha ejercido sobre las sucesivas generaciones de jóvenes lectores y escritores y que éstos, cada vez que se han sumergido en sus obras, se hayan encontrado y se sigan encontrando con este catolicismo inesperado, chocante para algunos y conmovedor para otros, estimulante para todos.

*(Publicado en ABC,
Madrid, 30 de enero de 1998)*